

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 26 de Octubre de 1899

Núm. 466



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Reutlinger.

Madre mía, yo quisiera,
para aliviar mis dolores,
estar muy cerquita de ella.



Claro, abomino de los que se *pronuncian*, fanáticamente, por espíritu de secta (secta sexual, aunque parezca mentira) contra la mujer.

Tengo en esto mis opiniones, y digo que son mías, porque, si bien otros habrán pensado como yo, no las copio de nadie. Libreme Dios de exponerlas ni explicarlas ahora; no es este lugar oportuno, y por algo se dijo que la ocasión la pintan calva, cuando precisamente en punto á sátiras, burlas y azotes, lo que sobran son pelos.

Pero, en resolución, permítaseme decir esto, que puede parecer trascendental á los Bremones y aun á los Zedas; para mí sabio fué quien dijo que al hablar del hombre comprendía á los dos ejemplares de la especie humana; no suscribo el dictamen de los que afirman que la mujer está siempre relegada á un papel pasivo, y sin embargo el hombre, por ahora á lo menos, supera á la hembra no sólo en cantidad (física) sino en cualidad (ética), siempre entendiéndose que hablo de la *procreación*.

La mujer tiene *rasgos* viriles, pero no es viril, hablen como gusten los feministas, y los psicoestetas. La mujer, pese á todas las tentativas de igualdad, puede acercarse y aun parecerse (moralmente) al hombre, pero no será hombre nunca. Posee virtudes y rasgos que la equilibran con los rasgos y las virtudes de aquél, pero no que la levanten á un rasgo superior. Esto lo ha establecido Dios en la Naturaleza y defender lo contrario es bobería insigne. Las excepciones dan pie á un pasillo cómico: hay mujeres hombrunas, y bigotudas, que pueden confundirse con un sargento de carabineros ó de la guardia civil, y basta recurrir al matrimonio, (tal y según está instituido, sociológicamente estudiado) para fijar los términos de la... ecuación. Todo consiste en *saber casar las parejas*. Que la mujer rija una yunta de bueyes y que el hombre pase el paño mojado por los ladrillos, no sienta jurisprudencia en este asunto.

Y basta de filosofía.

Apliquemos el caso á la literatura: que haya mujeres más talentosas, más inteligentes que ciertos literatos, no quiere decir que la mujer escritora valga más que el hombre escritor. Prescindo de Santa Teresa, quien pudiera dar en este caso mucha luz; no quiero que se diga que me gusta parecer erudito ni buscar muy lejos los comprobantes. La Fernán Caballero alcanzó una

época en que pudo resistir, más que mujer española alguna, ventajosamente la comparación. No fué, sin embargo, *el primer literato* de su patria. Carolina Coronado, poeta, más que poetisa, poeta, y no es poco decir, no pudo *triunfar* de los vates contemporáneos. ¡Emilia Pardo Bazán, *novelista, crítico, filósofo*, notable por todos conceptos, no logra el triunfo que hombres como Galdós, Menéndez Pelayo, Pereda, Clarín, Valera, Salmerón, González Serrano... y tantos otros!

Y este es el caso: el de la Pardo Bazán. Escribió esta señora libros notables, hasta con guante blanco, como dijo Leopoldo Alas; consiguió que se la filiase, dentro de la clasificación contemporánea, entre los ilustres; pero por muy alto que haya rayado como mujer, y en efecto, merece los elogios más entusiásticos, ¿quiere esto decir que, establecida la proporción oportuna, supere á los artistas convivientes? Ha estudiado más que la mayoría de sus patriotas, algunos de los cuales han sido creados ministros; figuraría con mayores méritos que Romero Robledo en la Academia de Ciencias políticas y morales, y que Commelerán en la Española; es posible que regentase un minis-

terio mejor que no Silvela, á pesar de haber dicho que los españoles eran valientes por ir á los toros; y sin embargo, no resiste un juicio comparativo con las *cabezas visibles* de nuestra literatura. De doña Emilia puede afirmarse, en conciencia, no que es una escritora, sino que *parece* un escritor; pero nunca que *es el primero* entre nuestros literatos. El padre Coloma, á quien ella aplaude, es *un chancleta* al lado suyo. Entre Palacio Valdés y ella (hasta cierto punto) puede haber dudas; pero más allá... ¿quién osa incensarla?

Y ahora volviendo al punto general, para remate de este proemio: hay quien se burla de la mujer literata: naturalmente, es más ridícula la marisabidilla que el pedante; pero la mujer puede á mi juicio, ser *otro* hombre en el desempeño de la abogacía, de la medicina... y en la construcción de puentes, caminos y canales, sin que eclipse la estrella de ingenieros, médicos y abogados, considerados como glorias en sus respectivas profesiones. Fuera del mundo, en lo inmaterial, el alma no tendrá sexo, y guárdome de discutirlo; pero aquí, pedestremente existe el alma femenina. No hay que darle vueltas: aquel cuento de la seráfica doctora es aplicable á multitud de casos del entendimiento: se puede ser una santa y no servir para *confesor*.

Todo lo dicho sirve, entre otras cosas, para certificar el respeto con que miro á la señora Pardo Bazán; no sólo, porque es dama, que este fuera extremo común de galantería, sino por lo que vale, por su talento. Quiero probar con esto que mis sátiras no son palos de ciego, y que cuando se habla contra el extravío del genio ha de hacerse con toda suerte de pronunciamientos favorables.

Así, puedo ya recobrar sin más miramientos mi independencia, y con efecto la recobro y digo: que la señora Pardo Bazán hace como los retóricos, quienes junto á las virtudes y [bellezas del lenguaje, enumeran los vicios y defectos. Una de las censuras que se le imponen es la de que, engreída en cuanto mujer con sus triunfos literarios, trata al idioma como á sus íntimos, familiarmente. Se figura que se le han de respetar, por su sexo, las arrogancias y las osadías: inventa verbos y adjetivos verbales con pasmosa facilidad: resucita neologismos, no siempre oportuna y discretamente, y se cree facultada para jugar vocablos como quien juega peones en un tablero de ajedrez. La acusación desgraciadamente es cierta, según veo en uno de sus recientes artículos, uno de esos artículos escritos, sin duda, en un rato de malhumor, ó mientras trataba de modas con sus amigas. Lo titula «Bañistas *Smart*.»

¿Por qué *Smart*?

Acaba de abrirse una zapatería muy lujosa titulada así, *Smart*.

Los bañistas de doña Emilia no tienen nada de lujosos. Son unos pobres gallegos que ahorran hasta la respiración para minorar los gastos del viaje. Van en la diligencia como sardinas en banasta, con no sé qué pintoresca y promiscua confusión de sexos, y si no véase lo que dice la ilustre escritora: «no es cuenta del mayoral ó del carretero como se arreglan los que van dentro: allá ellos, así se pongan patas arriba y boca abajo.»

Convengo en que para no perder ripio ni viaje, se llene un vehículo con más gente de la que debiera sostener; pero ¿no podía doña Emilia haber ideado otra postura para describir la facilidad con que esos viajeros se resignan á ir prensados? ¡Qué casualidad, hombre! «patas arriba y boca abajo;» ¡y qué picaresca denosura, y cuánto *naturalismo*! ¿eh?

Naturalismo Smart.

No faltaba si no que subrayara, especificando qué sexo se pone patas arriba.

Esos señores se dirigen á Sada, «cuyo largo *playazo* aventaja», etcétera.

Si no hubiese yo leído antes de ahora á doña Emilia posible es que diera la razón á los maldicientes. Ahí tienen ustedes un *playazo* que parte los corazones. ¿Pero señora, usted se figura que no hay reglas para los aumentativos? ¿Usted cree que las palabras cambian de género tan fácilmente como cualquiera de nuestros políticos cambia el color de sus ideas? ¿Le parece á usted que todas las cosas de este mundo se pueden aumentar y disminuir á capricho?

Porque, primeramente, la playa, no admite aumentativo, y aun suponiendo que lo admitiera, no reñiría con el artículo que le corresponde por su terminación: tendría gracia que volviéndole á su naturaleza primi-



¡Olé! ¡olá!

LA SAETA

tiva dijéramos: *el playo*. No creo en el *playón*. La playa se extiende á lo largo; puede haber en tales ó cuales costas, este ó el otro pedazo de playa: pero gramaticalmente es siempre la playa. Pues añada usted que sobre convertirla en *playazo*, dice que es largo, y á ver qué resulta esa figura: *¿Smart?*

Del *cuyo* no quiero acordarme, está en la oración como Polavieja estaba en el ministerio de Silvela, violentamente. Es ese *cuyo* relativo á quien maltratan muchos escritores, y parece mentira que la Pardo Bazán no le respete, porque á ratos sabe gramática. Muchos dirán, ya sé, que sí, que está bien puesto el pronombre, pero yo aseguro que nó.

Entre otras frases que podría sacar á relucir como prueba de los humos y de las diabluras de la genial escritora, aparte de aquellas en que afirma que el tufo se *adivina* y el calor asfixia *sólo pensado* (lo cual constituye una doble y nó soñada operación mental y un *solazo disparatazo*, amén de contener un advervio que se casa con un participo por detrás de la Academia), entre otras frases, repito, copio para postre la siguiente: «cuando apenas dora el sol naciente la cresta de las aguas...» Naturalmente, las olas son aguas agitadas y revueltas; en este sentido, las aguas pueden tener crestas como las tienen los gallos; pero es el caso que no siempre hay olas en el mar, aunque siempre hay agua, sinó que á veces las aguas del mar están tranquilas, aparentemente serenas, planas, y cuando esto ocurre, maldito si se ve superficie crestada alguna. ¿Por qué ha de decirse, pues, que las aguas tienen crestas, cuando hemos convenido en que el océano, además de aguas, tenga olas? El tropo me parece demasiado tropo para la Pardo Bazán.

Y vuelvo á las salvedades del principio: porque haya escrito así esa señora no quiere decirse que escriba mal, y los respetos que yo le guardo y son muchos por su merecida fama, por el puesto conquistado, no han de impedirme hacer constar esas... distracciones.

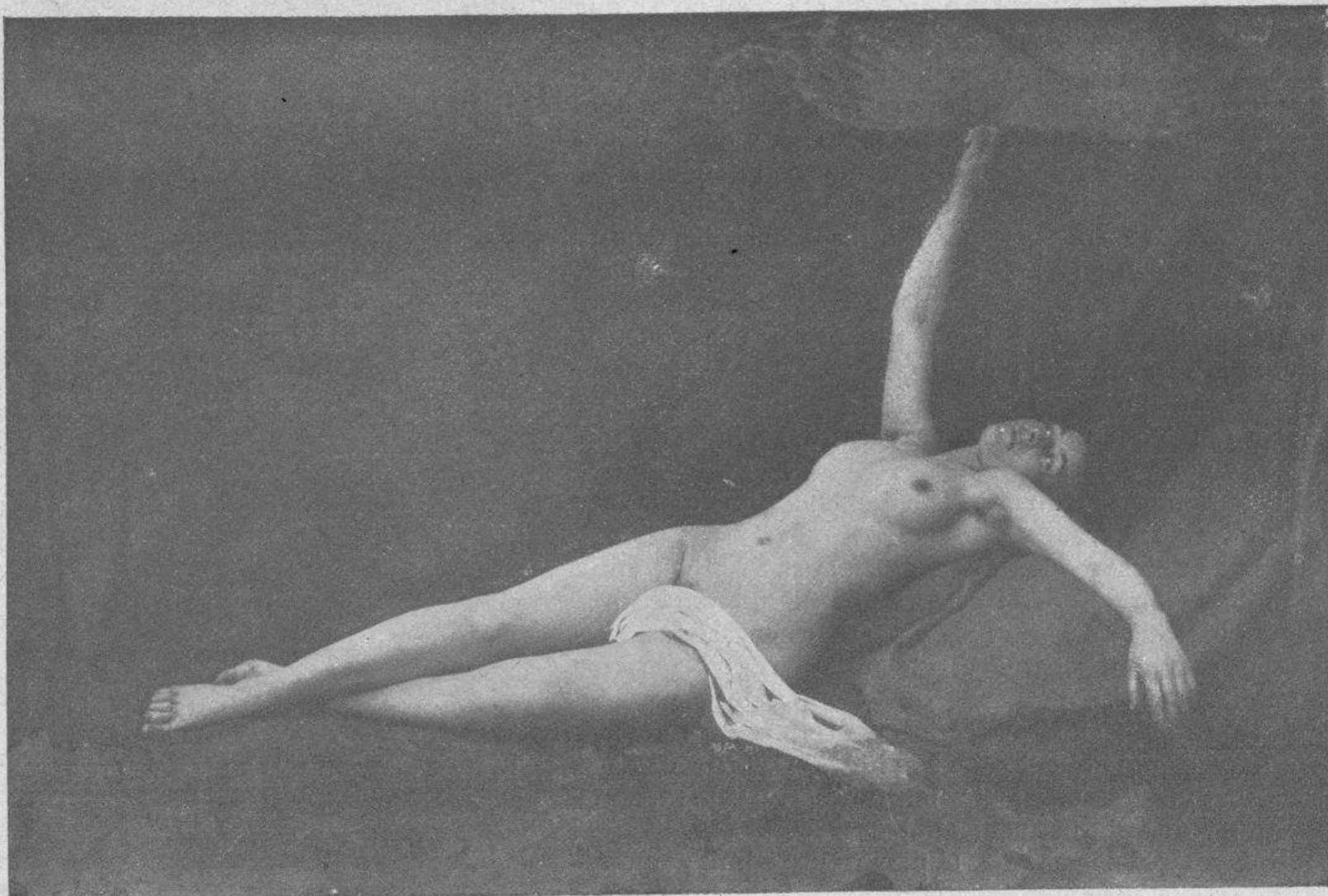
Sí, estaba distraída doña Emilia cuando emborronó ese artículo de los bañistas, colgándoles el feo mote de *Smart*.

O es que dedicándolo á un periódico de Barcelona creyóse dispensada de andar con muchas retóricas y miramientos. ¿Apostamos que se figura la Pardo Bazán, como se figuran muchos incautos y ramplones prosistas, que estamos aquí por conquistar... literariamente? Y aquí, aunque parezca raro, también sabemos español.

Ya no queda espacio para más: lo siento porque tenía en cartera unos versos de Eusebio Blasco, que dan la hora, como dicen los curros. Pararemos el reloj.

También quería decir algo de Niña Rosa. Y lo que es esto no se me queda rezagado. ¿Cómo ha salido Niña Rosa, señor Jakson Veyan? ¿Con ayuda del fórceps?

CLAK



P. Liek. — Vencida.



La Modelo

X

La amo á usted, mora mía

No la había besado. ¿Pero en qué pensaba aquel pedazo de animal? ¡Tener una mujer estrechamente aprisionada en sus brazos, dormida sobre los hombros la cabeza, que herida por el trépido oscilar del tren, resbalaba dulcemente hasta el pecho, obligándole á restablecerla con amoroso cuidado en su cómoda posición, y no besar aquella frente tan limpia y clara, aquellos cabellos tan rubios, tan finos, aquella boca suave, deliciosamente entreabierta!

«— Decididamente, soy un estúpido — pensó Jorge. — ¿Por qué no la habré besado, señor, por qué no la habré besado?»

Y con rápida y breve evocación pasaron por su entendimiento todas las imaginaciones de la noche: ideaba de nuevo aquel sér dormido, puro, inocente, confiado en que el desconocido compañero de viaje amparaba su abandono, y era vigia incansable contra los terrores y los sustos de tan delicada, dulce y candorosa naturaleza. Entonces le asaltó este otro pensamiento:

— ¡Besarla! Habría sido singular y nunca visto triunfo. ¡Besarla, abusando de su sopor! ¿Y para eso hubiera yo reñido con aquel gañán? ¿Pues cómo podría vanagloriarme de ser más noble que él? ¿No asaltaba el bruto á su víctima forzado por la imperiosa necesidad que nos condena á vivir? ¿Y yo con qué derecho iba á cometer un crimen más monstruoso que el de aquel infeliz, en quien, sin duda, el instinto anulaba toda razón? Veía él la terrible imagen de sus hijos, moribundos, hambrientos, helados, que le gritaban al oído despiadadamente: «roba»; «mata»; pero yo qué imagen podía tener delante de mis ojos sinó era la asquerosa imagen de la lujuria?

María Ana continuaba de pie, en actitud alegre, sonriendo con dulzura. Parecía que la mueca de sus labios repetía el apóstrofe:

— ¿No me ha besado usted?

Levia replicó:

— No; puedo jurarle... que nó, ea, que no la he besado.

— Pues yo, mientras dormía, soñaba, soñaba... ¡ay, y qué cosas más tontas se sueñan! ¿verdad? Pues soñaba que usted me estrechaba con mucho mimo en sus brazos, y me decía con palabras muy tiernas, que casi se me han ido de la memoria; pero en fin, poco más ó menos las siguientes: «no tengas tú miedo, mora, carita de ángel; no tengas tú miedo, que aquí estoy yo para que no te maltraten ni te toquen; y antes me matarán que te hagan daño, y aun después de muerto soy capaz de poner unos ojos tan espantables y una mueca tan fea que se asuste el que piense llegar con sus dedos á los hilos de tu ropa.» Y repetía usted con la voz muy tierna, cada vez más tierna, «no tengas tú miedo, que no hay otro que venza el esfuerzo de mi brazo en todo el mundo; y cuando el brazo se canse de luchar mataré á todos tus enemigos con los dientes, hincándolos en su carne». Y yo me dormía, me dormía acariciada por estas palabras como si fuesen arrullo con que duermen las madres á sus hijos: «no tengas tú miedo, mora, no tengas tú miedo». Entonces, lo recuerdo bien, cuando ya se entornaban mis ojos, inclinó usted un poco la cabeza y me cerró los labios, que sonreían, con un beso.

Jorge la escuchaba embelesado; jamás había oído una música igual, tan dulce, tan dulce, y que sonase como aquellas palabras, dichas con ingénuo y sublime impudor, á naturaleza. ¡Pero él no había visto nunca una mujer así! ¿Qué criatura era aquella, Dios Santo? María Ana calló quedando seria y reflexiva; de pronto soltó una carcajada fresca, sonora, radiante y repitió:

— ¡Pero qué cosas más raras se sueñan! ¿verdad?

La alegría jovial, franca, expansiva, casi pueril de la joven prendió como chispa de fuego



En cada botón del traje
llevo preso un corazón;

que todas las niñas tienen
al ejército afición.

en el alma de su amigo. También él sintió por allá dentro, por lo más íntimo, no sé qué alborozo, no sé qué júbilo incomprensible. No recordaba en su larga carrera de tribulaciones y pesadumbres, una placidez que pudiera compararse á la que gozaba en aquellos momentos de su vida. ¡Si hasta tenía ganas de echarse á reír como un chiquillo! Vamos á ver, ¿y por qué habian de ser los sueños majaderías y embustes? ¿Quién podía afirmar, con la conciencia de un notario, que eran tal? ¿Quién podía vanagloriarse de saber con toda certidumbre, si el alma caía en sopor, vencida por el desmayo del cuerpo, ó recobraba entonces su libertad, y dueña de sí, se veía ágil para recorrer, recordándolos, todos los azares y vicisitudes de la existencia?

—Pues, sí: á veces los sueños... son verdad.

María Ana le miró sorprendida, entre incrédula y curiosa.

—¡Cómo! ¿le disgustaría que fuese, no ficción, sinó recuerdo, reminiscencia, de un suceso efectivo lo que usted ha soñado?

La joven se encogió de hombros, y se marcó un mohín adorable en sus labios.

—Diga usted, María Ana: ¿ha pensado usted lo que es un beso? ¿Sabe usted lo que es un beso? — continuó Jorge. Y ella contestó mirando afuera, al campo, al través de la ventanilla.

—Sí sé; mi madre me ha besado mucho; siento aún el tibio amor de sus besos dulcísimos en mis mejillas. Un beso es esto.

Juntó los dedos por las yemas, los llevó á la boca y mandó un ósculo tiernísimo á la huerta alegre por donde atravesaba vertiginosa, aceleradamente el tren.

—Si yo le dijese que la amo ¿lo creería usted?

—Según y cómo. Puede usted quererme como se quiere á todos los que no nos han hecho ningún mal, y acaso como quiere Dios que se ame á todas sus criaturas.

—Como ama el prometido á la mujer que elige para esposa.

—No le entiendo á usted. Yo no me he enamorado nunca, yo no sé lo que es amor.

Difícil sería pintar el estado y la actitud de Jorge; se le encandilaron los ojos; le zumbó la sangre en las sienes como si arrastrara los glóbulos rojos con la furia de un vendaval; extendió los brazos como si quisiera aprisionar en el aire la visión inefable, sutilísima de la ventura, y balbuciente, con la palabra entrecortada, tímida, exclamó:

—La amo á usted, mora mia.

Por primera vez se inclinaron los ojos de María Ana al suelo y se encendieron las mejillas en vivos colores.

—Le advierto á usted — replicó — que mientras dure el viaje es usted para mí padre, hermano, amigo.

Y recobrando su buen humor, su alegría de moza inocente, añadió:

—Hay entre nosotros nulidad, por razón de parentesco; ahora no arregla este cotarro... ¡ni el nuncio!

Abandonó su atalaya á tiempo que la locomotora entraba en agujas. Se puso á disponer su fardo, envolviendo la manta de que se había servido para resguardarse de la frescor de la noche durante aquel ensueño dulcísimo, en que dormitando confiadamente sobre el pecho leal de Levia, había sorprendido los mágicos secretos de la felicidad evocada por no sé qué conjuros de la ilusión.

El tren se detuvo. Llenáronse los coches de perfume. Al estrépito de la locomotora y de las ruedas, siguió el vocerío animado de la muchedumbre. Prodújose en el andén confusión pintoresca; todas las portezuelas se abrieron, y el mozo pasó gritando á voz en cuello:

—¡Murcia... treinta minutos! Parada y fonda.

Confundidas revolaban muchas voces infantiles: un enjambre de chiquillas, de seno incipiente, harapientas, sucias, pregonaban sus ramos de flores.

—Conque, amigo mio... — empezó á decir María Ana, ofreciendo su mano en señal de amistosa despedida á su acompañante. Jorge le cortó la palabra, al mismo tiempo que recogía su maletín:

—Nó, todavía no es hora.

—¿Cómo? ¿No sigue usted?

—Quiero descansar aquí un par de días; si usted me lo permite, la acompañaré hasta su casa. ¡Sería tan triste que toda esta novela hubiese durado tan corto espacio de tiempo; que no se hubiesen juntado nuestros destinos más que una noche, una breve noche pasada con la rapidez de un sueño, para que como dos gotas perdidas en la inmensidad de los mares, pusiéramos entre los dos la enorme distancia de lo infinito! Usted acabaría por olvidarse de mí.

—Es posible.

—Y yo quiero que me tenga usted perenne en la memoria, y muy vivo en el corazón. No extrañe mis palabras. Tengo alma de artista; amo á la Naturaleza, estudio la vida; cuan-

LA SAETA

do la vida me ofrece un modelo que copiar. Usted es para mí una mujer que no se parece á las demás mujeres.

—Puede que nó, que me hayan hecho de otra pasta.

—No se burle; no he visto otros ojos que miren como los suyos; no he visto en otras pupilas, como en las de usted, la serenidad adorable, la dulzura y la quietud de un cielo. Relucen como el sol y no queman como él. ¿Le enoja á usted que me quede?

—Lo que me enoja es que me llame usted guapa. Ya sé que lo soy, al menos me lo parece ¿por qué negarlo?, pero no me gusta que me lo digan.

Jorge sonrió; bajando del coche y dando la mano galantemente á Maria Ana para que saltara á tierra, añadió en voz baja, casi á su oído:

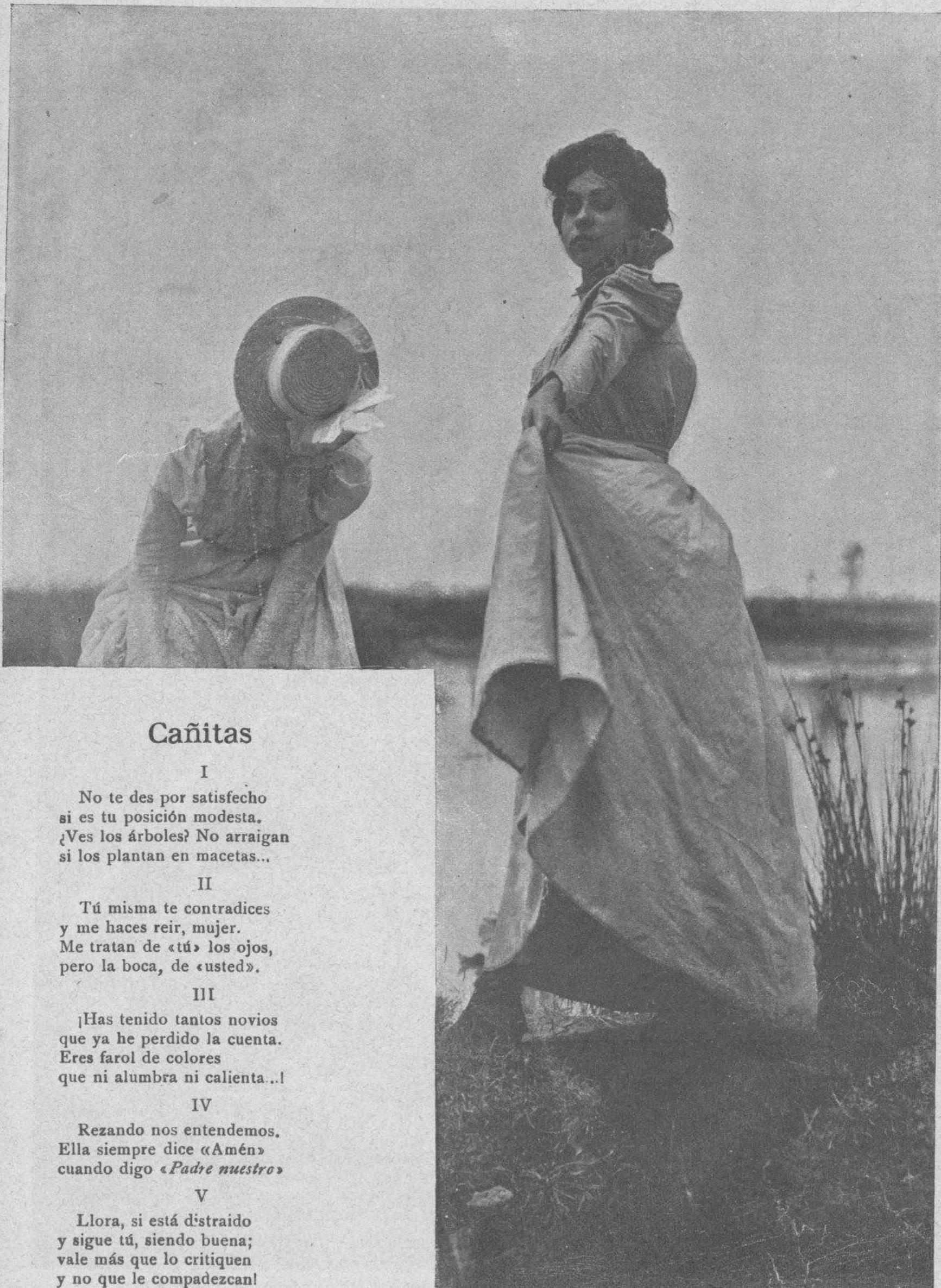
—Pues si, yo no me puedo marchar sin explicarle por qué no la he besado á usted.

J. F. LUJAN



Bricod.

¡Rentlinger.



Cañitas

I

No te des por satisfecho
si es tu posición modesta.
¿Ves los árboles? No arraigan
si los plantan en macetas...

II

Tú misma te contradices
y me haces reír, mujer.
Me tratan de «tú» los ojos,
pero la boca, de «usted».

III

¡Has tenido tantos novios
que ya he perdido la cuenta.
Eres farol de colores
que ni alumbra ni calienta...!

IV

Rezando nos entendemos.
Ella siempre dice «Amén»
cuando digo «Padre nuestro»

V

Llora, si está d'istraído
y sigue tú, siendo buena;
vale más que lo critiquen
y no que le compadezcan!

J. ENRIQUE DOTRES

Al caer de la tarde.



P. LEROY.—Las hijas de Atlas.

La mar y sus arenas

El epígrafe del presente artículo es vulgar, prosaico, gastado, hasta chulesco, todo lo que ustedes quieran; pero á falta de otro mejor, que no se me ocurre, bien está donde se halla y donde le dejaremos por los siglos de los siglos, si ustedes no disponen otra cosa, que no la dispondrán.

Sin haber llegado «de la inmortalidad al alto asiento», no por falta de méritos y servicios, dicho sea con la modestia que me caracteriza, sinó porque me marea eso de estar por las alturas, aunque sea sentado, he visto innumerables veces escrito mi nombre en letras de molde y, á falta de otros motivos, la gratitud bastaría para que fuese amigo de la prensa y de los periódicos y hasta de los periodistas.

Pero la pasión no debe quitar el conocimiento; mi amor á la prensa no me impide conocer y lamentar lo mucho que se abusa de ella, la interminable serie de tonterías que se imprimen y se sirven al cándido lector, como si fueran platos fuertes de una comida, cuando ni siquiera alcanzan la categoría de entremeses.

Que en un periódico festivo se entretenga al respetable público con chirigotas, no sólo puede pasar, sinó que es realmente natural y legítimo, porque para eso se hacen los periódicos festivos; pero que las publicaciones que se las echan de serias, llenen sus columnas con majaderías que aun en los semanarios sin pretensiones parecerían anodinas insulsas, es cosa que, por excepción, tendría una disculpa que no puede ser otorgada cuando constituye tal anacronismo el pan nuestro de cada día.

Ayer cogí en mis manos el más sesudo de los diarios que ven la luz en esta capital y me tropecé con las siguientes líneas:

«Se ha hablado de talismanes que, por preciosos que sean, resultan vulgares y están al alcance de todo el mundo.

»Pero los príncipes, que necesitan de talismanes tanto ó más que los restantes mortales, tienen especial cuidado en no estar desprovistos de tan precioso medio de defensa.

»El rey de Grecia fué, hace algún tiempo, víctima de una tentativa de asesinato.

»La bala que salió del arma disparada contra él, quedó clavada en el coche del rey, y algunos meses después fué encontrada, teniendo forma parecida á la de un pequeño hongo.

»El rey acordóse de la máxima que dice: el mismo destino no hiere por dos veces al mismo hombre, y para evitar un segundo peligro por el testimonio del primero, hizo montar la bala en pequeñas joyas de poco valor. Desde entonces goza de perfecta seguridad.

»Un soberano oriental posee un anillo de plata que preserva del revólver y del puñal.

«El Shá de Persia se considera protegido contra los asesinos de su padre, llevando un cinturón, que debe su virtud á una soberbia esmeralda que va unida al mismo, pero sobre todo á las mondaduras de cebolla de que está lleno.

»Este último y rústico talismán debe ser recomendado especialmente á los Soberanos, aunque no sean orientales. Porque en unos tiempos en que no faltan complots, un buen ciudadano debe probar su adhesión á los poderes públicos, indicándoles medios que pueden asegurar la salud del Estado.»

Ya habrán comprendido ustedes, aunque el periódico en cuestión no lo consigna, que se trata de un recorte de periódico extranjero, traducido con los mismísimos pies y que, por su contenido, que no es otra cosa sinó una serie de majaderías, no debe figurar en publi-



Quando va esta niña á misa hace que los fieles pequen, porque más que á los altares la miran á ella los fieles.

LA SAETA

caciones serias; pero lo que seguramente no adivinará nadie es que el tal recorte, en el que, como se desprende de su simple lectura, se toma el pelo á las testas coronadas, ha sido aprovechado por un diario monárquico.

¡Cosi va il mondo, bimba mia! Así se hacen hoy los periódicos: con esa ligereza, con esa falta de criterio y de dirección y de sindéresis y de otras muchas cosas. No he de meterme en LA SAETA á defender la República, ni la Monarquía, ni forma alguna de gobierno; mas ¿no es cierto, caro lector, que resulta chocante que un defensor de una institución ponga en solfa á los representantes de esta y que un diario de pretensiones literarias, inserte trabajos tan deplorablemente redactados como el de marras?

Los dos primeros párrafos copiados no tienen pies ni cabeza, ni guardan la relación que impone la adversativa *Pero*, con que empieza el segundo.

La construcción del párrafo cuarto es completamente francesa.

En el último el *debe*, supera al haber.

Y en todos se consignan hechos que ni siquiera son verosímiles y, que, sin embargo, serán creídos por los que juzgan artículos de fe cuanto ven impreso en letras de molde.

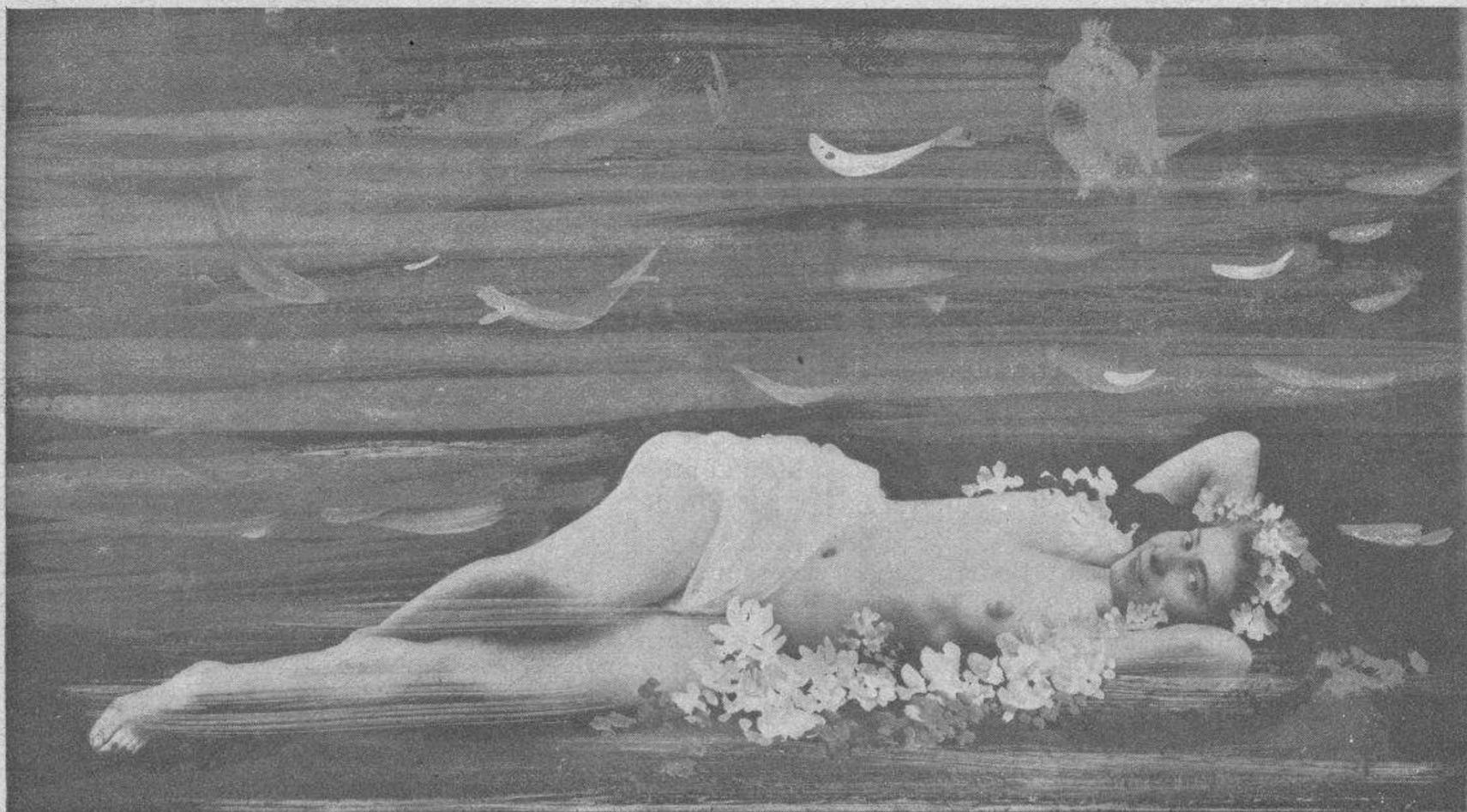
Aseguro á ustedes que la prensa de este fin de siglo es la mar y sus arenas y sus peces y hasta sus gusarapos.

Cuando no larga bobadas como la que me ocupa, inserta estadísticas del número de cerillas que se consumen anualmente en el globo, y de la cantidad de fósforo que contienen, y de las vueltas que podrían dar á la tierra, puestas en fila, y de las quemaduras que los consumidores se habrán ocasionado con ellas en las yemas de los dedos y de las veces que se habrán sonado las narices los operarios consagrados á su confección.

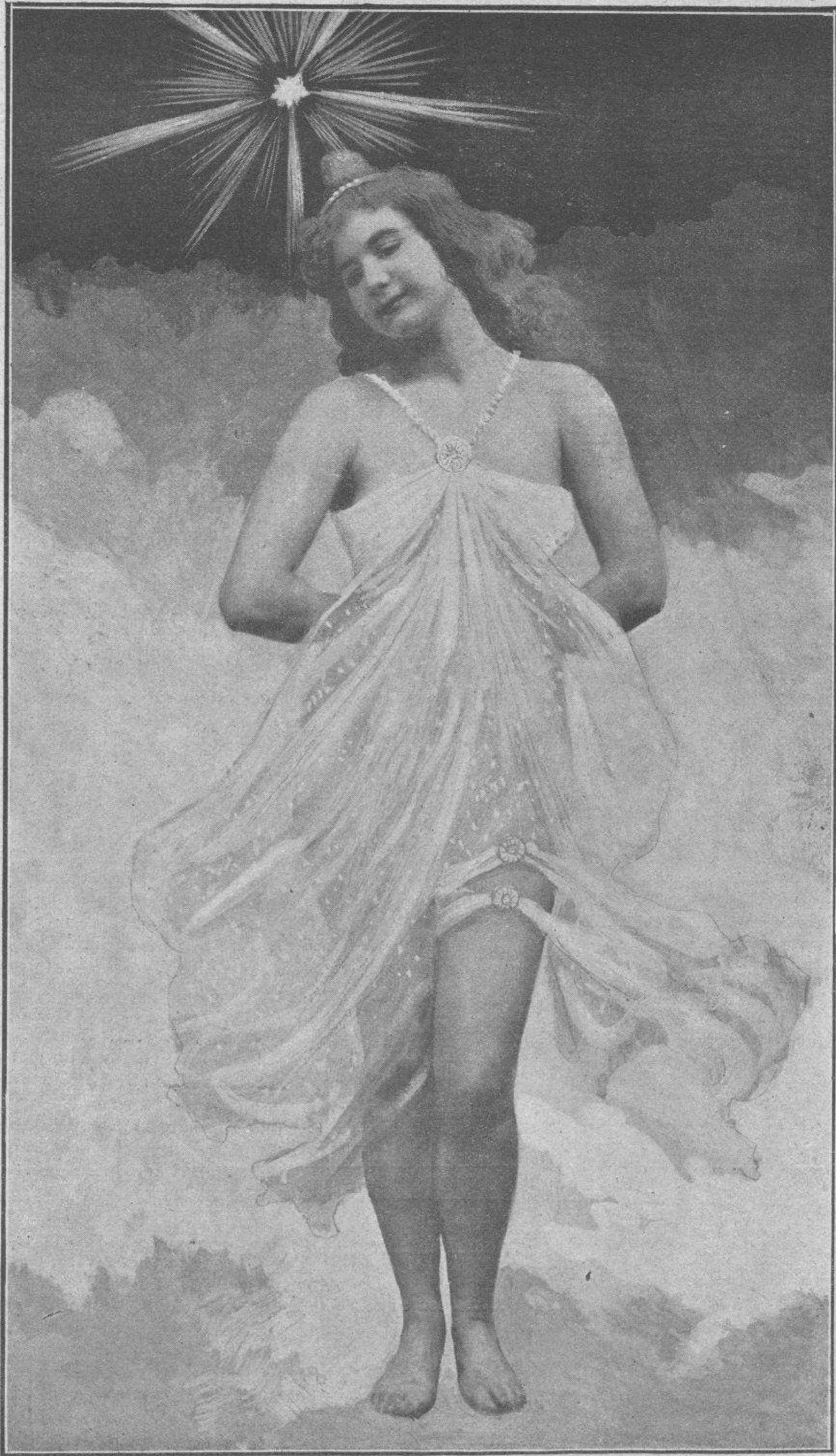
En otras ocasiones nos dan á conocer los inventos más extraordinarios: la pastilla alimenticia que con sólo lamerla sostiene á un hombre tres meses más robusto que si se tomase por la noche catorce chuletas diarias; el submarino sumergido en la rada de Tolón y que ha amanecido en el Cabo de Buena Esperanza, habiendo echado á pique en el trayecto á todas las escuadras europeas, incluso las de gastadores; el andarín que ha recorrido quinientos kilómetros en poco más de tres días, merced á la agilidad que adquirió masticando la yerba ecuatorial *infundium lipendis*, etc., etc.

En suma, que la mayoría del público compra los periódicos para instruirse y enterarse de lo que pasa por el mundo, y ni se instruye ni se entera. ¡Cómo que, á más de platos tan sabrosos como los mencionados, se le sirve una serie de noticias capaz de volver loco al caballo de bronce de la madrileña Plaza Mayor! «Se dice que hoy se celebrará consejo de ministros»... «Se asegura que hoy no podrán los ministros celebrar consejo.» «En el consejo de hoy se ha tratado de economías.» «Ni una palabra de economías han hablado los secretarios de Estado en el consejo de hoy...» ¡Todo esto en un mismo periódico y en el mismísimo día!

BLAS QUITO



La seducción del abismo.



A veces sueño que baja
una estrellita á mi lecho;
tiene forma de mujer...
¡y asustado me despierto!



Bayadera.

Hilitos de plata

I

En sus cabellos negros de azabache
 vi una docena de brillantes canas,
 fruto tal vez de amargo desengaño,
 que cuidadosamente me ocultaba.
 Los círculos morados de sus ojos
 pensar me hicieron en historia amarga
 y sus tristes suspiros
 me arrebataron la tranquila calma.
 Ella que comprendió mis amarguras
 al saber que celoso suspiraba
 me dijo cierto día:
 —No debes dar zozobras á tu alma.
 Tú sufres al pensar que no te quiero
 y atribuyes mis canas
 á horribles desengaños de la vida.
 No sé por qué has de dar tanta importancia
 á que cambié un mechón de mis cabellos
 por hilitos de plata.
 Si sorprendes en mí triste suspiro
 te forjas una historia desdichada.
 No sabes tú que suspirar me hace
 el ver que siempre con afán trabajas
 y por satisfacerme en mis caprichos
 ni duermes ni descansas»
 Nadie más venturoso
 que yo cuando escuchaba estas palabras
 —¿Qué importan mis afanes, me decía?
 suspira, mas por mí, porque me ama.
 Y la coqueta se reía entonces
 con risa musical, divina y franca
 y llena de dulzura
 con mimo sin igual me acariciaba.

II

Una noche al volver de mis tarcas,
 cansado el cuerpo y maltratada el alma,
 supe con estupor incomparable
 que me había abandonado aquella ingrata
 Corrí ansioso en su busca
 con el firme propósito de ahogarla,
 y estuve loco, no sé cuanto tiempo;
 loco de pena, de dolor, de rabia.

.....

.....
 Cuando aliviado de mi mal profundo
 me contemplé al espejo una mañana,
 vi en mi rizado pelo
 una docena de brillantes canas...
 y comprendí yo entonces lo que cuesta
 tener hilitos de brillante plata.

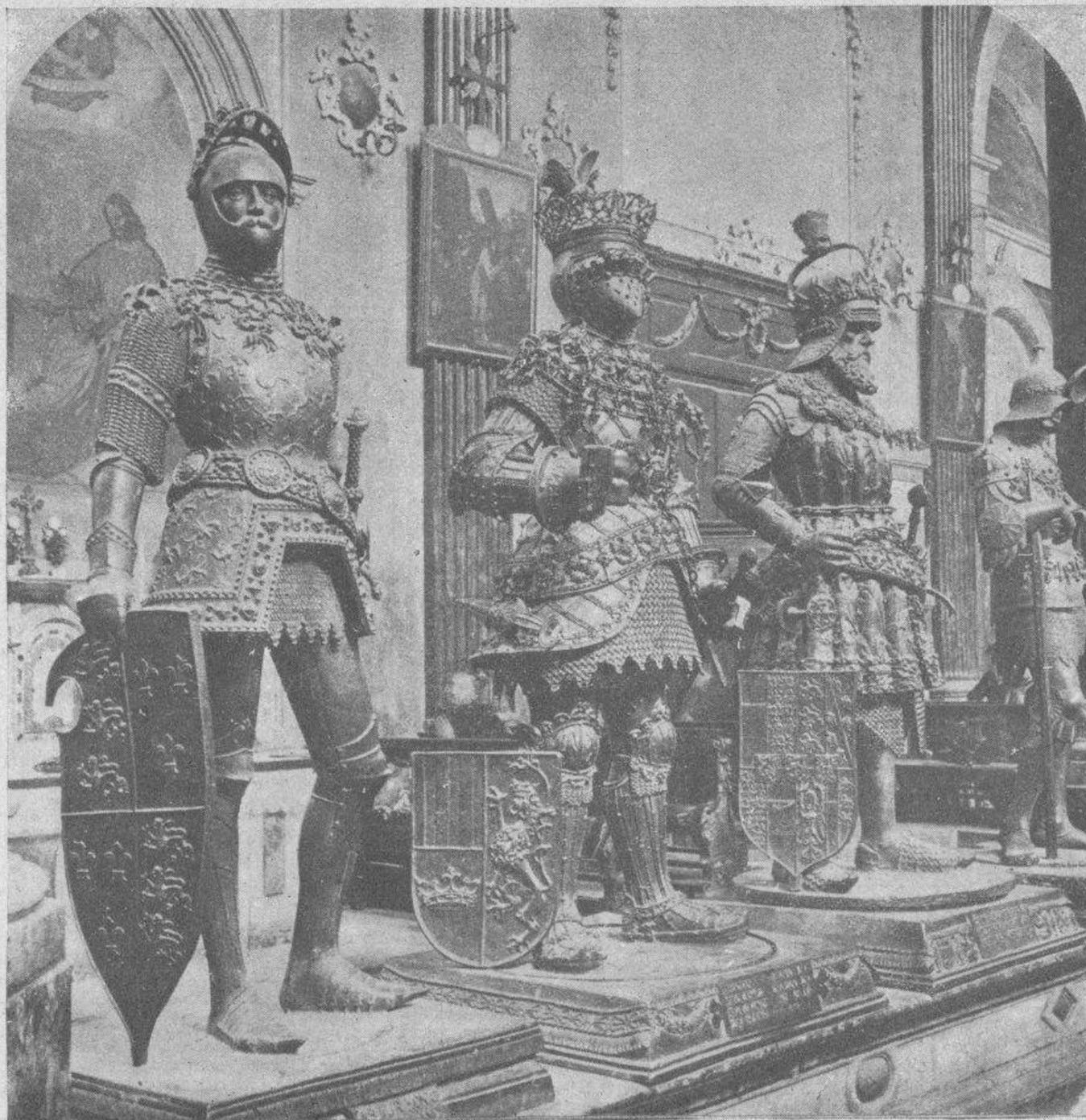
III

Porque dejó este valle de amarguras
 un amigo del alma
 para rendirle el último tributo
 en una iglesia entré cierta mañana.
 Las notas del sublime *Dies iræ*
 en las severas naves retumbaban
 llevando al pecho plácida tristeza
 y haciéndome sentir místicas ansias.
 Absorto, cabizbajo, de rodillas
 en el amigo muerto meditaba.
 —¡Feliz mil veces tú, por que has dejado
 este valle de lágrimas!
 Ya tu pecho intranquilo no se agita.
 ¡Feliz tú que descansas
 sin temor á los rudos desengaños
 que lentamente matan!

Nos dejás joven, con el pecho henchido
de dulces esperanzas.
¡Quién como tú, que has muerto
virgen el cuerpo, inmaculada el alma!
Y pensando en mi amigo yo sentía
una dulzura mística y extraña,
cuando de mi abstracción vino á sacarme
una mujer que aprisa caminaba.
Aun cuando era en el templo
la luz bastante escasa,
su andar gallardo me hizo conocerla,
y más que conocerla, adivinarla.
En mi pecho sentí nacer de nuevo
el odio y los deseos de venganza
y me olvidé del templo y del amigo
y me puse de pie lleno de rabia.
Porque aquella mujer era sin duda
la que me maltrató con ruda saña
me lo decían su marchar gallardo
y mi pecho que fuerte palpitaba.
Corrí por detenerla presuroso,
iba á enseñarle mis brillantes canas,
la docena de hilitos argentinos
que llevo en mi cabeza por su infamia;
iba á decirle yo lo que se sufre,
lo que debió sufrir la desalmada
antes de que un mechón de sus cabellos

fuese de hilitos de brillante plata;
iba á hacerla sufrir cuanto pudiera;
á herirla lentamente hasta matarla
y con brusco ademán cogí su brazo
é hice que me mirase cara á cara.
Al contemplar su rosiro tan de cerca
no sé decir lo que sintió mi alma:
Retrocedí unos pasos asustado,
al mirar sus megillas demacradas,
sus pupilas hundidas
y de mis labios la expresión amarga.
Sentí que de mi boca
á salir no acertaban las palabras
al oír que con calma me decía:
—¿No vienes á matar? ¿Por qué no matas?
—Es verdad, yo he venido á castigarte
llena de ira y de rencor el alma,
y el miserable estado en que te encuentro
me demuestra que estás bien castigada.
Véte, mujer, que en tu cabeza, sólo
encuentro hilitos de brillante plata.
Y... me volví a mi sitio cabizbajo,
llena de angustia dolorosa el alma,
en tanto que el sublime *Dies iræ*
en las severas naves retumbaba.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Glorias... que fueron.

El sueño del poeta

Una mariposilla de brillantísimos colores, vino á posarse sobre el cuaderno que el poeta sujetaba con su mano izquierda. Plegó el insecto sus alas, y de ellas se desprendió un polvillo aterciopelado que, cayendo sobre los renglones cortos escritos con lápiz, les sirvió de dorada vestidura.

El poeta sonreía... había ido allí á sorprender los encantos de la Naturaleza para trasladar sus secretos en brillantes estrofas al papel. Dulce sopor se apoderó de pronto de todo su cuerpo y le hizo entornar los párpados.

Y en ese estado inexplicable que la somnolencia produce y que permite oír vaga, confusamente, los ruidos terrenales, á la vez que el espíritu pugna por elevarse á las regiones incognoscibles de lo inmaterial, el hombre que en cada objeto, en cada perspectiva que contemplaba, veía algo maravillosamente hermoso, algo sobrenatural, soñó...

Soñó que la mariposilla le miraba, hablándole así:

—Duerme, poeta. Yo, mientras tu sueño dure, haré penetrar en tu mente los mágicos colores que esmaltan mis alas; se inundará tu cerebro de fantásticas visiones, y saborearás el placer infinito que proporcionan los puros goces de la imaginación...

Represento las ilusiones... ¿Te acuerdas de cuando eras niño? Yo revoloteaba de flor en flor, y tú, anhelante, frenético, corrías tratando de aprisionarme bajo tu sombrerito de paja. A veces rozaban mis alas tu cabeza, pero en seguida remontaba el vuelo, y tu afán, tu frenesí crecían. Igual ahora: también corres tras de una ilusión en forma de mujer...

—¿Y cómo sabes tú?... — murmuró el poeta.

— Porque leo en lo más recóndito de tu pensamiento... ¡Qué hermosa es! .. tiene ojos azules y grandes; cara de nieve y rosa, cabellos ensortijados... A través de la blanca gasa en que aparece envuelta, adivinanse unas formas esculturales... ¿Verdad que la ves así?

—Así la veo siempre, exclamó el poeta lanzando un suspiro. Dormido y despierto, su encantadora y soñada imagen está constantemente delante de mí y en el fondo de mi alma: es mi ilusión, algo más que eso: ¡mi dicha!... Con el mismo afán con que corría, cuando era niño, en pos de tí, persigo hoy á esta mujer ideal, siempre dispuesto á aprisionarla en mis brazos.

Calló el poeta, y después de breve pausa, añadió con suplicante acento:

—Nada más me dices, mariposilla? ¿No me hablas de ella?

Y la mariposilla respondió:

—Dispensa; estaba distraído contemplando una babosa repugnante que se acerca á tí.

—¿Repugnante, eh? — gritó el gusano retorciéndose con rabia. — Dejarías de ser bonita si no fueras altiva y orgullosa... ¡Vill! Pero la profusión de tus colores, la galanura de tu ropaje deslum-



MADELEINE LEMAIRE. — PHCEBÉ

bran únicamente á los ilusos. Eres ficción, sólo ficción.. engaño. Yo soy la realidad. La realidad, sí; la que se encarga de desvanecer las ilusiones... Oyeme poeta: hace poco soñabas con la mujer creada por tu fant sía... La encontrarás dentro de poco; le entregarás tu alma, le sacrificarás tu existencia, el tesoro de tus sentimientos, y ella, en cambio, se burlará de tí.

—¡Mientes, mientes! — gritó el soñador agitándose convulsivamente en su lecho de yerbas y florecillas.

Y despertando á tiempo que la mariposa se alejaba y desaparecía, no pudo reprimir un gesto de asco al ver que una babosa se revolcaba en las abiertas hojas del cuaderno, y que el humor viscoso y repugnante del insectillo había emborronado las líneas cortas, los versos delicados y sublimes...

Recordó, súbitamente (herido como por golpe de maza su pensamiento) el ensueño que acababa de pasar por su espíritu; y con tanta fuerza, y también con tanta pesadumbre, que sus nervios se alteraron, su sangre hinchó las venas, y dando fuerza la crisis angustiosa á sus músculos, los irritó: de pie, quiso aplastar al gusanillo infeliz, pero vencióndole no sé qué idea lúgubre, se dejó caer sobre la grama.

El barro de la realidad manchó el dorado y ténue polvillo de las ilusiones, y al poeta se le soltaron las lágrimas...

J. FIGUERAS

No codiciarás la mujer de tu prójimo

Jamás se borrará de la memoria de Juanito Martillete lo que le ocurrió en el pueblo de *Villaguasones* por codiciar la mujer de su prójimo.

Todavía le dan escalofríos y se muerde los puños de rabia, cuando recuerda aquel lance; y, así como hay individuos que en oyendo hablar de las culebras, dicen «¡lagarto! ¡lagarto!» Martillete jura como un condena-



Desesperación.

do en cuanto le nombran aquel maldecido pueblo.

No vayan ustedes á creer que Juanito era un Adonis por lo guapo, ni otro Cid por lo valiente: nada de eso. El infeliz era pequeño y rechoncho, y con la cara tan llena de hoyos y granos, que parecía una chuleta rebozada. Agreguemos á esto una descomunal joroba que ostentaba sobre su espalda y tendremos por completo el retrato de nuestro héroe.

Conviene advertir que era tan presumido en punto á galanteos, que según él, antojársele una mujer y conquistarla no suponía más empeño que el que pusiera en intentarlo.

A la muerte de su padre, rico hacendado de *Villaguasones*, heredó una cuantiosa fortuna y se trasladó de la corte al ya citado pueblo.

Llevaba muchos meses disfrutando una paz envidiable, cuando quiso su mala suerte que se presentara en él Emilia, graciosa madrileña, capaz de tentar al propio San Antonio, según opinión de todo el mundo.

¡Vaya una *gachí* con *garabato* y trapío!

No la describo, porque el retrato que yo hiciera resultaría pálido. De modo que cada cual se la figure á medida de sus deseos.

Sólo diré, que además de ser guapisima, era muy honrada y quería muchísimo á su esposo.

Este, habia oficiado de maestro de escuela en otro pueblo próximo, pero en vista de que el municipio no hablaba de sus atrasos — cuarenta pagas, — decidió cerrar la escuela y trasladarse al tantas veces citado *Villaguasones* donde tenía un hermano sargento de la benemérita, cuya posición era más que desahogada.

En cuanto Juanito vió á Emilia se enamoró de ella como un loco, y naturalmente, se propuso hacerla suya á toda costa.

Martillete se reunía todas las noches en casa del sargento, donde se jugaba invariablemente al tresillo. Bueno fuera que dejara él de concurrir á la tertulia. ¡Así lloviesen frailes capuchinos!

La maestra adivinó, desde el primer día la pasión que por ella sentía el jorobado, y lo mismo era verle entrar por la puerta, que hacer la señal de la cruz como si estuviera en presencia del diablo.

—¡Pero os parece — decía á sus amigas — lo insolente que es ese tipo!

Y añadía.

—Soltera... ¡qué soltera! loca habia yo de estar para enamorarme de ese... cañete de aceitunas sevillanas.

—Pues suéltale el toro, decía una.

—Cuéntaselo á tu marido, añadía otra.

—Eso es lo que voy á hacer, decírselo, y luego que salga el sol por Antequera.

Así estaban las cosas, cuando llegó el san

LA SAETA

to de la *alcaldesa*, y como es natural, hubo bullanga en el salón del Ayuntamiento. Allí se hallaba reunida la flor y nata del pueblo, luciendo ropa de cuando repican gordo.

¡Jesucristo, y como se presentó Emilia aquella noche!

La *banda* municipal *tocaba* una tanda de valeses... que ni su padre (musicalmente hablando) la conocía.

Martillete bailaba con Emilia y al terminar la *tanda*, deslizó en la mano de su pareja, un papel muy doblado, que la dama guardó en el bolsillo.

Cuando la bella madrileña se halló á solas con su marido, le dijo entregándole la epístola del amartelado galán:

—Toma y entérate.

El maestro empezó á leer y en lugar de ponerse, hecho una furia como el caso requería, la calma más completa y la sonrisa más guasona iluminaron su apergaminado rostro:

—Esto — dijo — ya me lo figuraba yo, celebro que haya sucedido.

Y añadió repasando nuevamente la carta:

— Dice que mañana por la mañana pasará por delante de estos balcones, y que si accedes, te halles asomada con un lazo encarnado puesto en la garganta; si esto ve, á la una de la noche, vendrá á buscarte para huir en tu compañía, conduciéndote á la hermosa casa de campo que tiene á pocas leguas de aquí.

—Pues bien, — continuó el esposo — mañana te pones el lazo, te asomas al balcón y por la noche te dejas robar por ese don Juan... de guardarropia.

—¡Yo! — exclamó la asombrada esposa.

—Si, tú. Lo demás corre de mi cuenta.

—¡Pero hombre!...

—Nada, nada; haces lo que te mando.

Cuando al siguiente día pasó nuestro enamorado por la calle y vió á la dueña de sus pensamientos engalanada según sus instrucciones, creyó morir de alegría. Y no se volvió loco... porque no tenía sano el juicio:

—Como todas, como todas.

Y al decir esto se frotaba las manos y hacia sabrosos comen-



—¡Que me confiese con él quiere mi novio! ¡simplón!

¡Pues si fuera yo á decirle lo que cuento al confesor!

tarios, caminando calle arriba tan apresuradamente, y con tales extremos en los ademanes, que más que andar dijérase que corría y más que correr, poco faltaba para que hiciera chuscas cabriolas.

* * *

Estamos en la casa de campo. En la sala y sentada en una de las butacas se halla una mujer vestida completamente de negro, y cubierto el rostro con un manto, del mismo color del vestido.

A sus pies, y arrodillado en un pequeño cojín, representando la escena del Tenorio, se halla Martillete.

—¡Descúbrete, hermosa mía, aunque me dejen ciego los dos soles que tienes por ojos!

La fingida doña Inés soltó una sonora carcajada.

Juanito dió un brinco como si le hubiera picado una vibora, y arrancando con fuerza

convulsiva el negro manto que cubría á Emilia... ¡aparecieron los largos bigotes del sargento!

—¡Miserable! — dijo éste con voz ronca y terrorífica. — ¡Vas á morir ahora mismo!

Y como si estas palabras constituyeran la señal convenida, se presentaron en la habitación varios vecinos del pueblo, entre los que se hallaban Emilia y su marido.

—¡Buenas noches, Martillete! dijeron todos á coro.

El infeliz, creyendo que su última hora había llegado, se desmayó, lo mismo que se desmayan las jóvenes incautas en cualquier novela por entregas.

A los pocos días abandonó el pueblo de Villaguasones, y es fama que desde entonces no ha vuelto á desear la mujer del prójimo: tan escarmentado quedó de su última aventura.

ENRIQUE ASENSI



—¿Pero qué tendrá aquel viejo que le mira ésta con tanta afición?

—Brillantes en la pechera.

* * *

Figúrate cómo iría la carta que te mandé, que al hallarse con la tuya la dijo: «¡No vaya usted!»

Por lo criminal que has sido te deberían ahorcar; ¡has matado mi esperanza por el gusto de matar!

J. H. DE LA RUEDA

Tú dices que me quieres con toda el alma yo digo que te adoro más que á mi vida, todo lo que tú dices es puro enredo, todo lo que yo digo, pura mentira.

No digas que me quieres, embustera, porque recuerdo bien el puñetazo que me diste por pago de un abrazo al bajar la otra noche la escalera.

E. LOPEZ DE HARO

Es de Toro, natural mi buen amigo Teodoro Cabeza, que se ha casado con la bella Juana Corro, muchacha de la que cuentan cierto lance peligroso... Por eso rie la gente cuando dice así, el esposo: —Ella es Corro, de Teruel y yo, Cabeza de Toro...

MORENO



MISCELANEA



La Casa Martínez Imbert de Valencia abre un concurso de acuarelistas, para un cartel anunciador, ofreciendo UN PREMIO EN METÁLICO DE 500 PTAS. y UN ACCESIT DE 250. El asunto debe hacer referencia al ANIS FIGARO, que fabrica la referida casa, y los trabajos deben entregarse en las oficinas, Pascual y Genís, 13, con marco ó *pase-partou*, acompañando un pliego cerrado con el nombre del autor y en cuyo sobre se estampará un lema igual al que se ponga en la composición. El concurso quedará cerrado el 25 de Noviembre próximo y el fallo se hará público el 15 de diciembre entregándose los premios el 30 del mismo mes.

Merecen aplausos estas iniciativas de los particulares que como el señor Martínez Imbert redundan en beneficio de los artistas.



Una señora á quien en cierta declaración judicial se le preguntó por su edad, contestó que tenía veintinueve años.

Tres años después en el mismo punto, hubo necesidad de hacerle igual pregunta, á la que dió la misma contestación: *veintinueve años*.

—¿Cómo, dijo el juez? Hace tres años, ya dijo usted la misma edad.

—Sí señor, repuso ella, porque yo no soy de esas que hoy dicen una cosa y mañana otra.



Hoy jugando á la ruleta
el hijo de Doña Blasa
ha perdido cierta suma
de relativa importancia,
y al enterarse su madre
que ya sabes está en cama...
—Vamos sí, le dió un desmayo.
—No, señor, le dió en la cara...

MORENO.



Servíanse los postres de un banquete de calaveras, al cual había asistido un caballero americano, cuyo color y ensortijados cabellos decían bien claro el país donde era oriundo, cuando se le antojó á un pollo divertirse á espensas del caballero preguntándole descaradamente:

—¿Qué era su padre de usted?

—Mulato, respondió secamente el americano.

—¿Y su abuelo?

—Mono.

—¡Hombre!

—Sí, señor; lo cual quiere decir que mi familia comenzó por donde acaba la de usted.



Ciertas señoritas burlonas se paseaban por un campo, y viendo pasar á un aldeano, cuyos cabellos eran blancos, le preguntaron con tono burlesco:

—Diga usted, buen viejo, ¿hay nieve ya en la montaña?

—Preciso es que la haya, respondió el labriego amostazado, euando las vacas bajan á la pradera.



CHARADA

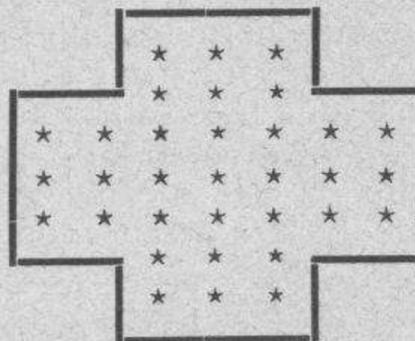
La *primera* y *segunda* fué un guerrero de nombre popular en los romanos, Cónsul y General de gran prestigio de la roca Tarpeya al fin laureado. *Tercia* y *primera* de ignorancia el chico que el busilis no encuentre, ¡lanee claro!

pues el *Todo* además allá en los cielos figura con un nombre entre los astros. *Cuarta* tiene también; es una letra y vocal por más señas y ora acabo El *Todo* personaje mitológico y Reina Etiope de caletre vano.

A. ARROYO MANJÓN.



Cruz de Montesa



Colocar letras en las estrellas que expresen, horizontal y verticalmente, lo siguiente: 1.^a En los sombreros; 2.^a piélago; 3.^a afecto; 4.^a semanario popular; 5.^a mueble; 6.^a verbo y 7.^a Tribu de Israel.

IGNACIO CANAS.



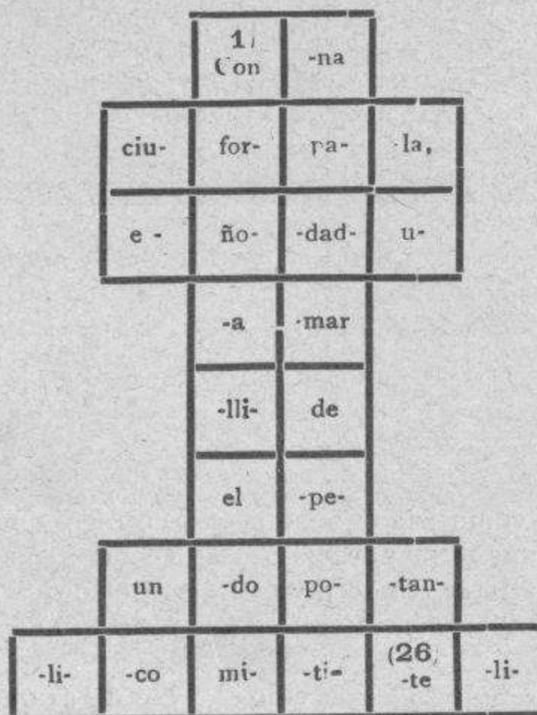
Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 — Hombre célebre.
- 5 6 1 2 3 — Vegetal.
- 3 2 1 6 — Agua.
- 6 3 6 — En el mar.
- 3 2 — Artículo.
- 4 — Vocal.
- 5 6 — Negación.
- 5 4 6 — Religión.
- 3 4 6 5 — Fiera.
- 3 4 6 5 2 — Idem.
- 1 2 5 6 3 4 — Tiempo de verbo.

B. NAVENT.



Metaplasmo en salto de caballo



Empieza en la casilla (1) y termina en la (26).

IGNACIO CANAS.



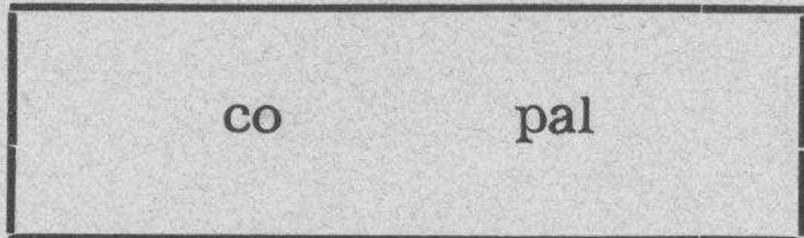
Triángulo

* * * * *
 * * * *
 * * *
 * *
 *

Substituir las estrellitas por letras, de forma que, vertical y horizontalmente, se lea: 1.ª nombre de mujer; 2.ª ave; 3.ª bebida; 4.ª verbo y 5.ª vocal.

RAMÓN GÓMEZ.

Jeroglífico comprimido



PEDRO N. ARROYO.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Conejo.

TRIPLE ACRÓSTICO. — Ma De Ra
 Ant Oni O
 To Lo Sa
 Ign Ot Ar
 Lio Ra R
 Dioc Es Is
 Eu Sebi O

CHARADAS ELÉCTRICAS. — Peca. Ave. Deca. Pepe. Bebe. Vete. Cede. Cabe. Beca. Debe. Tea.

TARJETA. — La nieta de su abuelo.

Correspondencia

IMPORTANTE. — Conviene advertir, que en este periódico contesta la correspondencia particular nuestro director don J. F. Luján; los que tengan entendido otra cosa, llámense á engaño. Como esta sección ocasiona disgustos y contratiempos no queremos que nadie cargue con responsabilidades ajenas... ni que se engalane con plumas de pavo real.

T. N. L. — Barcelona. Supongo que habrá usted leído la advertencia anterior; así, pues, ese caballero á quien usted se refiere no toca aquí pito ni templa gaitas.

S. A. O. — Lo mismo le digo á usted.

Mingo. — No ha hecho usted carambola.

R. T. U. — Pues no tiene su composición otros defectos, sinó que no hay en toda ella un octosílabo que cuente ocho sílabas; que vano no se escribe con *b*. ni orto con *h*.; que á *onrra* le falta una *h* y le sobra una *r*. y que *molinete* no es consonante de *continente*, ni *santa de carta*: conque ¡si quiere usted que le señale más disparates!

S. S. de A. — Allá vá eso:

La luz que alumbraba mi destino
 se apagó repentina,
 y yo suspiré camino del molino,
 clamando; Florentina,
 que ingrata eres con tu vecino,
 cuando acercándose Marina
 me dijo: eres un pollino.

Lo comprendo: esa señora le había oído rebuznar á usted.

Colilla. — Pero eso que usted envía no es soneto; es un anuncio de la funeraria! ¿Cobra usted comisión?

G. de On. — Celebro la ocurrencia: tiene gracia; pero ha equivocado usted lastimosamente la posición; la *pose* que debía haber remitido, es la otra, la contraria, y en actitud de recoger monedillas del suelo.

L. P. — No está en colocar puntos y comas el intrín-gulis, sinó en que no ofrecen nada de particular, y es lástima porque resultan bien versificados.

V. A. M. P. — Irán algunos. El *Salto* no, porque el cantar es muy malo.

F. L. del A. — Se publicará.

S. T. G. — ¿Que diga lo que me parece su artículo, teniendo en cuenta que no pasa de los quince años? ¡Qué he de decir si no eso, que revela su edad en las muchas puerilidades que se le ocurren y en los infinitos desacatos á la gramática y al sentido común!

Y. C. — Entran en turno.

H. J. de M. — Al cesto.

R. S. A. — Otro que amasa disparates; pero vamos á ver: ¿se les ocurrirá á ustedes actuar de ingenieros, de médicos, de abogados, sin los estudios respectivos y delararse zapateros ó albañiles sin aprender lo necesario? ¡Pues cómo se les ocurre escribir sin preparación ninguna? El ser escritor no es solo un don del Espíritu Santo; es también una carrera.

P. A. M. — Muy noble y plausible la idea, pero muy mal explicada.

Tonel. — Vacío está ese tonel, y si está lleno de algo es de viento y telarañas.

R. S. — Copio el poema:

«¿Que si sé niña bonita
 como una espiga dorada al sol
 lo que siente tu pecho dolorido?
 Si lo sé; es amor.»

¡Y qué alegre se vá á poner Fiacro Iraizoz, viendo que hacen fortuna sus chistes!

E. L. F. — Eso es aplicar consonantes como aplicaban los cirujanos barberos antiguamente sanguijuelas. Peguen ó no peguen.

M. M. D. — No está mal, pero no me conviene por demasiado subido; si se contentara usted con no traspasar los límites de lo picaresco, con ser chistoso sin dejar de ser culto, es posible que consiguiera usted hacer algo útil. Fíjense ustedes en que este periódico abomina y rechaza los *verdores* sucios, estúpidos.

A. C. — Siento no poder complacerle. Sólo le diré que el escrito acusa demasiado la mano inexperta y que el asunto es pobre, baladí.

El tío cavila. — No. — A. R. M. — No. — D. V. de M. — No. — T. N. y C. — Muy flojos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambal del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
 Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cénts.

Núm. 467

